

**Eustaquio Guerrero, S. I.: "TEILHARD DE CHARDIN.—  
ASPECTOS FUNDAMENTALES DE SU OBRA" (\*)**

El veterano escritor P. Eustaquio Guerrero, S. I., nos ha regalado recientemente con un libro sobre Teilhard de Chardin. En él recoge, completándolas, unas conferencias pronunciadas en Barcelona a invitación del Instituto filosófico de Balmesiana.

Pero, ¿un libro más sobre Teilhard de Chardin? ¿Qué se puede añadir a la "biblioteca" teilhardiana?

Pues sí, uno más. Y uno que estaba haciendo falta urgentemente. Más aún, yo diría que es urgente *toda una serie* de libros sobre Teilhard, de los cuales el del P. Guerrero es el primero o uno de los primeros.

Sería la serie del estudio desapasionado y objetivo. Teilhard ha tenido el no leve mérito de levantar en vilo a la opinión mundial. Muchos han escrito sobre él mitificándolo: Cuenot, por ejemplo. Otros, demasiado inclinados a su favor por razones no científicas ni objetivas. Entre éstos se encuentran una serie de obras, por otra parte respetables: nos referimos a las de Lubac, Smulders, Rideau y Solages. Estos y otros autores, con matices diversos, forman la legión de los entusiastas de Teilhard, que o no ven sus ambigüedades y errores o les quitan importancia. Con el resultado de empujar a la lectura de Teilhard sin prevenir suficientemente de sus peligros.

Frente a ellos está la serie de los adversarios de Teilhard: sí, adversarios, enemigos de Teilhard, incapaces de reconocer sus méritos reales, fáciles en ver errores donde tal vez no existen, agresivos incluso contra la persona del sacerdote y religioso jesuita que fue Teilhard de Chardin. Para algunos de estos señores, Teilhard fue un cínico inmoral y un redomado enemigo del Cristianismo, que quiso destruir desde dentro.

Evidentemente, hace falta un estudio serio de Teilhard. Su audiencia universal y su influencia en el pensamiento y en la actitud mental de muchos lo hacen necesario. Pero ese estudio no puede ser como muchos de los anteriores: tiene que ser desapasionado, sereno, objetivo. Esto es lo que ha logrado el P. Eustaquio Guerrero en su libro. Y es el primero de sus méritos.

Y dentro de esa objetividad, una tendencia hacia la comprensión benévola, como pide la convivencia humana y, sobre todo, la caridad cristiana. San Ignacio de Loyola sufrió persecuciones

(\*) Ed. Studium, Madrid, 1969; 180 págs.

por interpretaciones torcidas de sus Ejercicios Espirituales. Por eso aquel "PROSUPUESTO" del inmortal librito: "Se ha de presuponer que todo buen cristiano ha de ser más pronto a salvar la proposición del prójimo que a condenarla..." Así hace el P. Guerrero con Teilhard de Chardin. Trata de salvar, por de pronto, su persona de toda acusación infundada. Y también su obra, no admitiendo sino aquellas acusaciones que efectivamente estén demostradas.

Otro de los méritos de esta obra es el conocimiento que pudiéramos decir exhaustivo del tema. El P. Guerrero ha leído y estudiado todo Teilhard y, prácticamente, todo lo escrito sobre Teilhard. Por lo menos, lo que tiene valor científico.

Pero la erudición no basta para juzgar debidamente una ideología como la del autor estudiado, que tiene implicaciones en todo el saber humano. Hace falta el talento. Y, ya que se limita el estudio a los aspectos filosóficos y teológicos del teilhardismo, es necesario el cultivo prolongado y amoroso de las ciencias eclesíásticas. De ambas cosas da testimonio favorable al autor del libro que comentamos toda una larga vida dedicada a la docencia y a la alta divulgación de temas filosóficos y teológicos. El P. Guerrero está equipado como pocos para ejercer esa crítica sana de Teilhard que echamos de menos.

Es el deseo que este libro ha despertado en nosotros. Porque si bien es cierto que en él casi todos los temas teilhardianos están rozados y de alguna manera juzgados, el P. Guerrero podía darnos mucho más. El mismo reconoce que no nos lo da. No podía dárnoslo, dado el carácter de conferencias para el gran público, que son la base de este libro. El P. Guerrero ha contraído una deuda con los profesionales de la ciencia cristiana: la de darles la obra definitiva sobre Teilhard de Chardin. Un estudio sistemático y completo de su pensamiento evolucionista, desde la materia primitiva hasta el Omega Dios. Pero un estudio que, dentro de la objetividad y aun benevolencia recomendables, fuera una rigurosa crítica filosófica y teológica del sistema de Teilhard. Así se verían los méritos y deméritos del discutido autor.

No se puede negar que la autoridad del Santo Oficio (hoy Congregación para la Doctrina de la Fe), la primera de las Congregaciones Romanas, con su invitación a retirar las obras de Teilhard de las bibliotecas a que tienen acceso los aspirantes al sacerdocio, y su "Monitum" para que los formadores inmunicen a los jóvenes, previene en contra de la doctrina de Teilhard. Porque, además, es que le achaca "ambigüedades y aun... tan graves errores que ofenden la doctrina católica".

Por su parte, *L'Osservatore Romano* concreta estos errores, como muy bien resume el P. Guerrero.

"Tergiversa o niega el concepto de creación que precisa la doctrina católica, y da a entender que esa creación es necesaria y no libre; afirma muchas veces que Dios nos incorpora a Sí y que, al incorporarse el Mundo, Él mismo se perfecciona y cambia; que el Cristo de la Revelación es el Omega de la evolución, su término; Él salva, pero es salvado también, consumado mediante la unión con las mónadas santas pensantes, y según la naturaleza "cósmica" que le compete, además de la divina y de la humana. Naturaleza "cósmica" que Teilhard no precisa nunca.

"Propone también una conexión necesaria y natural de la Creación, Encarnación, Redención que, al parecer de muchos, se opone a la total gratuidad y libertad del orden sobrenatural y a la esencial distinción que ha proclamado siempre la teología católica entre el orden natural y el sobrenatural.

"Parece confundir también —se dice allí— en mayor o menor grado el espíritu y la materia. No sólo no acusa sus diferencias y aun esenciales oposiciones: extensa la materia, inextenso el espíritu; compuesta la materia, simple o sin partes el espíritu; sino que las atenúa y da a entender o que el espíritu es constitutivo de la materia misma, o que, cuando menos, la acompaña siempre como fuerza promotora y directora de la evolución...

"Tiene una idea muy chocante, y hasta escandalosa, del pecado original, y está tan cierto de la cosmogénesis, o sea del mundo en continua formación y en sentido teilhardiano, que no dejaría de tener fe en ella, aunque, por un cataclismo psicológico, perdiera la fe en Dios y en Jesucristo, pese a que la evolución, como él la concebía, ni él ni nadie la ha demostrado, según él mismo confiesa.

"Habla de cierta identificación de la energía del reino inorgánico con la del mundo de la biología en todos sus grados, también con la energía específica del hombre: la intelectual y la moral: se trataría de cierta univocidad de la energía cósmica y de la misma libertad con los determinismos de la naturaleza..."

¿No cree el P. Guerrero que haría un gran servicio a la verdad y al Pueblo de Dios depurando científicamente las ideas teilhardianas en materias tan fundamentales y de tanto interés para el Cristianismo?

Mis conocimientos personales de Teilhard y de su obra me llevan a la persuasión de que su persona quedaría inmune de las gravísimas objeciones que algunos acumulan contra él. Pero no estoy tan seguro de que sus ideas, *tal como aparecen en sus*

obras, sean conciliables no ya con la *doctrina católica*, pero ni aun siquiera con las verdades de la *fe católica*. Su concepto de la creación, ¿es el concepto católico de la creación *ex nihilo sui et subiecto*? Su idea de la Encarnación y de la Redención, ¿son la Encarnación y la Redención del pecado que nos enseñó el Cristianismo? El pecado en Teilhard, ¿es lo mismo que el pecado en la Religión cristiana? La perfección y coronamiento del Mundo con la superconcentración en Omega, ¿son la felicidad sobrenatural de la visión de Dios, a la que nos enseña la Revelación que estamos *personalmente* destinados?

El Cardenal Journet ha escrito estas palabras severas: "Si aceptamos la visión teilhardiana del mundo, ya desde el principio sabemos —se nos ha advertido debidamente— cuáles son las nociones cristianas que habrá que trasponer y a las que tendremos que decir adiós: Creación, Espíritu, Mal, Dios (y más especialmente, Pecado original, Cruz, Resurrección, Parusia, Caridad...). (Ver Maritain, *Le Paysan de la Garonne*, pág. 387.)

Por su parte, E. Gilson, hablando del Cristo de Teilhard dice: "No es que a la nueva función de Cristo (Evolutor) le falte grandeza y nobleza; pero no es la tradicional. Nos parece estar ante un sepulcro vacío: 'nos han quitado a nuestro Señor y no sabemos dónde lo han puesto'" (Ib., pág. 180).

Dietrich von Hildebrand cuenta: "Conocí personalmente a Teilhard de Chardin el año 1951, en una comida organizada por el Padre Robert Gannon, S. I., que por aquel entonces era Rector de la Fordham University. Con anterioridad, dos personas muy doctas y famosas —el P. Henri de Lubac y Monseñor Bruno de Solages— me lo habían recomendado calurosamente. Por tanto, me hallaba lleno de expectación. De sobremesa, el P. Teilhard hizo una detallada exposición de sus puntos de vista. Las exposiciones de Teilhard me desilusionaron grandemente, porque dio muestras de una extraordinaria confusión de ideas filosóficas, especialmente en su concepción acerca de la persona humana. Pero me impresionó más su primitivismo teológico: ignoraba por completo la diferencia entre la naturaleza y la sobrenaturaleza. Después de una animada discusión, en la que me aventuré a hacer una crítica de sus ideas, tuve la oportunidad de hablar privadamente con Teilhard. Cuando nuestra conversación tocó el tema de San Agustín, exclamó violentamente: '¡No mencione a ese hombre funesto! ¡Lo echó a perder todo al introducir lo sobrenatural!' Esta observación confirmó la impresión que yo había recibido del naturalismo craso de sus ideas" (El

*Caballo de Troya en la ciudad de Dios*, pág. 257. Fax, Madrid, 1969).

Los mismos Tresmontant, Lubac, Smulders y Rideau no tienen más remedio que reconocer no pocas incompatibilidades de Teilhard con la doctrina de la fe, aunque tratan de paliarlas todo lo posible.

Teilhard confiesa que a veces se siente impresionado por el esfuerzo que tiene que hacer para interpretar los dogmas cristianos y hacer su transposición a su lenguaje evolucionístico. En carta a un amigo declara con humor: "Me paseo como un elefante por los arriates de la Escolástica".

Prensando todas estas manifestaciones, ¿qué destilarían de ortodoxia o de heterodoxia en las obras de Teilhard de Chardin? Sería muy interesante que alguien tan preparado como el P. Guerrero nos lo expusiera.

Es claro que en una presentación del libro del P. Guerrero no podemos aludir a todos aquellos aspectos, no pocos ni poco interesantes, que nos invitan al diálogo, bien con Teilhard, bien con el mismo P. Guerrero. Pero no me privaré de insinuar algunas consideraciones.

Una sobre el valor científico de la Apologética teilhardiana. Nuestro escritor la encuentra falta de originalidad, como no sea en el hecho de constituir a la evolución como base de sus elucubraciones filosófico-religiosas, puesto que los principios metafísicos con que intenta legitimar la escatología de su evolución son los mismos tradicionales de la teología católica y de la filosofía perenne... Además, no es más fácil argüir la existencia de Dios del hecho de la evolución que del hecho de la creación sin evolución.

Es verdad; pero yo añadiría que una eficaz Apologética cristiana debería concluir no sólo a la existencia de Dios, sino también a la credibilidad y credendidad del Cristianismo; y más en concreto, de Cristo. Y es lo que quiere Teilhard, ya que Cristo es para él prácticamente el Dios-Omega, Motor y Fin de la Evolución. Pero, ¿cómo persuade Teilhard de esta misión de Cristo a sus amigos no creyentes? Ya su camino a través de la hominización y de la socialización hasta el éxtasis en el Omega trascendente y personal está lleno de escollos, que no sé si hace falta mucha benignidad para aceptar que los ha salvado Teilhard. Pero, ¿cómo admitirán los incrédulos que el personaje histórico que se llamó Jesús es el Dios Omega? ¿Incorpora Teilhard, sin más, un dato revelado, complaciéndose en que el Omega que la razón descubre, la Fe nos lo da en Cristo: un Omega tras-

cedente e inmanente al mismo tiempo? Los incrédulos le pedirán pruebas de que Cristo sea Dios. La Apologética lo prueba; pero no se puede suponer lo que se quiere probar. O es más bien que la presencia intramundana de Dios en Cristo se deduce de la conexión inevitable entre Creación necesaria, Encarnación y Redención? Esto, aparte de otros errores que implica, parece contrariar la gratuidad del don divino de lo sobrenatural.

Uno de los capítulos del libro del P. Guerrero es sobre la doctrina de Teilhard acerca del trato de hombre y mujer como factor indispensable de madurez. En este punto, tengo la persuasión —¡ojalá equivocada!— de que Teilhard fue víctima de la lógica inflexible de su sistema.

Si el Mundo es evolución, es cosmogénesis; si entonces, cualquier momento de la evolución contiene en germen y es razón suficiente del que le sigue; se comprende que sea una tarea tan noble como ineludible el procurar desarrollar las virtualidades implícitas en cada momento de la evolución.

¿Y por qué hacer una excepción ilógica cuando la materia ha evolucionado hasta llegar a ser carne humana, carne femenina? La potencia de espiritualización o progreso del Mundo encerrada en el sexo es quizá la más formidable de todas. ¿Por qué no explotarla en toda su intensidad? “Por muy fundamental que sea (sola), la maternidad de la mujer es casi nada en comparación de su fecundidad espiritual. La mujer desarrolla, sensibiliza y revela a sí mismo al hombre que la ama” (Teilhard de Chardin, *L'évolution de la chasteté* (divulgado en multicopista), página 6). “La fecundidad espiritual se yuxtapone cada vez más a la fecundidad material, hasta justificar, POR SI SOLA (es Teilhard quien subraya) la unión. Unión para el hijo. ¿También para la obra, para la idea? ¿Por qué no?” (Ibid., pág. 12). Teilhard reprocha a las Religiones, especialmente al Cristianismo, su actitud de inhibición y de repulsa de lo sexual, esta potencia de progreso comparable a la del éter, de las mareas, de los vientos y de la gravitación (pág. 16), o al descubrimiento del fuego por la humanidad (Ib.).

Tal actitud de las Religiones la encuentra, sin embargo, Teilhard justificada en el caso en que el don completo del cuerpo, fuera del matrimonio, produjera un cortocircuito que hiciera derivar la energía sexual no al progreso, sino al estancamiento o retroceso de la humanidad: caso que estima será el ordinario. Pero no niega la posibilidad de que la mutua total entrega extramatrimonial sea a veces un factor eficaz de progreso y esté, por tanto, justificada. Tal es, según Teilhard, el caso de “mu-

chos genios verdaderamente creadores" (pág. 12), quienes "de estas fuentes llamadas impuras" (Ib.) "han hecho aparecer sobre la Tierra grandes verdades y grandes bellezas" (pág. 14).

No sé si el P. Guerrero estará de acuerdo conmigo. Pero me parece ver expresada con toda claridad en esta *Evolución de la castidad*, de Teilhard de Chardin, la tolerancia teórica y aun a veces práctica de la libre unión sexual, con tal de que sea un factor de progreso. Es claro que no sólo las Religiones, sino también el buen sentido moral humano han considerado siempre y seguirán, sin duda, considerando inadmisibile tal doctrina.

Terminamos recomendando calurosamente este magnifico libro del P. Guerrero. Lo leerán con gran fruto toda clase de personas, aun las de cultura mediana: la claridad de la exposición se lo hará asequible.

Es muy de suponer que para muchos jovencitos, aun eclesiásticos, religiosos y religiosas, la lectura de este libro será de un impacto tremendo. "Es que me derriba usted un ídolo", decía un seminarista a un profesor que le hablaba en términos parecidos a los del P. Guerrero. Pero el derribar ídolos creo es tarea meritória para el autor y liberadora para los lectores.

MARTÍN PRIETO, S. I.

**Michele Federico Sciacca: "LA IGLESIA  
Y LA CIVILIZACION MODERNA" (\*)**

"No hay obstáculos para el pensamiento humano, ni barreras que no puedan saltarse, cuando uno camina y discurre sostenido por la fe en la verdad de Cristo."

Así se interpreta la lámina con que el pintor florentino Conti ilustra el frontis de este nuevo libro del doctor Sciacca acerca de la Iglesia y la civilización moderna. Un libro donde la más ardua problemática actual sobre temas que rozan o caen de lleno en el hemisferio espiritual y religioso del hombre es afrontada con la mayor valentía y claridad, sometiéndola a un análisis riguroso, para dar luego orientaciones firmes y equilibradas que están por encima de todo extremismo superficial y confuso, ora venga de la "derecha", ora de la "izquierda", y también de todo conformismo interesado y parasitario.

No es un libro nacido bajo el signo de una unidad preesta-

(\*) "*Chiesa e civiltà moderna*". Marzorati, Editore. Milán, 1969.